
Paul Thorez

Una voz, casi mía

En 1964 murió Maurice Thorez, secretario general del Partido Comunista Francés desde 1930. Veinte años más tarde su hijo, Paul Thorez, cuenta, sin odio y sin miedo, los funerales de su padre. Sin odio al jefe histórico de los comunistas franceses. Sin miedo a las reacciones que provocó, en su hora, el homenaje del hijo al padre.

Difícil apuesta que sólo puede hacer el escritor, tras abandonar el sendero que llevaba al "porvenir radiante" y elegir, después, el camino que conduce hacia la simplicidad del mundo.

El domingo 12 de julio de 1964 por la mañana era malo para nosotros en el campamento Drouot. Hacía buen tiempo en Nancy y la preparación del desfile que se llevaría a cabo dos días después nos retenía a todos en el cuartel. La promesa de la fiesta que seguiría, del día franco para todo el mundo, del recuerdo de picos pardos que alegraría nuestra vejez y a nuestros nietos no podía compensar la triste realidad de un fin de semana sin permiso. A paso de veterano, con los zapatos raspando las piedras del patio, llegué a mi antro: la pequeña oficina en donde, por cuatro céntimos de entonces, tenía los registros del servicio Auto, bajo la tutela bonachona de mi ayudante en jefe Tournevis y Cambouis.* Éste me permitía escuchar mi pequeña radio. Los Beatles cantaban *Hard Day's Night*.

A las 7 el universo voló en pedazos en mi jaula. Por espacio de un instante vi un navío en flamas, un naufragio, un sismo, una ciudad en ruinas, víctimas por centenares. Pero no. A bordo de ese navío que no había naufragado en el puerto de Istambul, en donde la vida seguía su curso, mi padre había muerto como muere uno de ordinario: tontamente, solo, de muerte interior. Y ese repentino silencio entre él y él mismo, y nosotros, Mamoune, mis hermanos, era el título del noticiero de Europe 1, dado que siempre es preciso un título.

Corrí. El coronel me esperaba frente a la puerta de su oficina. También él había escuchado. Me apretó la mano. "Si quiere telefonear... mientras le consigo un permiso. Tome el primer tren." Yo que lloro por un sí o por un no tenía los ojos secos. Llamé a París, al "44", sede del Comité Central. La telefonista respondió algo ininteligible y me pasó inmediatamente a René Piquet. Por la noche. En Le Bourget. Un avión soviético.

Toul, Bar-le-Duc, Châlons-sur-Marne. El vacío. Ni el presente ni recuerdos. ¿Acaso el sufrimiento era esta imbecilidad absoluta? ¿Él había sufrido? ¿En dónde estaba?

El primer vagón, el primer compartimento, del lado del pasillo. La dama dormitaba sobre su libro. Pearl Buck. El señor dormía, recostado, deshecho, informe. La estación del Este. Salté sobre el andén. Mi medio hermano, el primogénito, Maurice, estaba ahí. Entonces un tornillo me trituró el cuerpo. Mis ojos encontraron los suyos. Habían pasado diez horas. De pronto, las lágrimas.

Jean y mi cuñada Mouza estaban cogidos de la mano en la sala del aeropuerto. Huraños, silenciosos, acurrucados unos contra otros había unos diez Vermeersch. Y a continuación una pequeña multitud inmóvil, recorrida por susurros. Muchos rostros

* Literalmente: Destornillador y Cebo.

conocidos, pero como desfigurados. Me precipité sobre mi hermano. Él me empujó, casi.

Me gustan los aviones, como si se tratara de seres vivos. El Tupolev 104 se acercó a la pista lentamente, muy lentamente, como si concentrara toda su fuerza a fin de retener el desarrollo de una acción temible, de imponer una prórroga a lo ineluctable, de eternizar cada minuto. Se inmovilizó a cierta distancia del aeropuerto. El silbido de los reactores se fundió en un silencio insostenible. Caminamos derecho hacia el hocico puntiagudo, embrujados por el espectáculo absurdo de un elevador que era colocado contra la puerta delantera, en la cual se enmarcó un uniforme de Aeroflot. Un sobresalto, una mirada, una carrera desordenada: la puerta trasera acababa de abrirse. No habíamos visto la maniobra de ajuste de la pasarela. Los cabellos plateados y la chaqueta de verano de piqué blanco aparecieron en lo alto de la escalera. Con los rasgos deshechos por la pesadumbre, ella vino hacia nosotros murmurando: "Es una gran desgracia. Una desgracia."

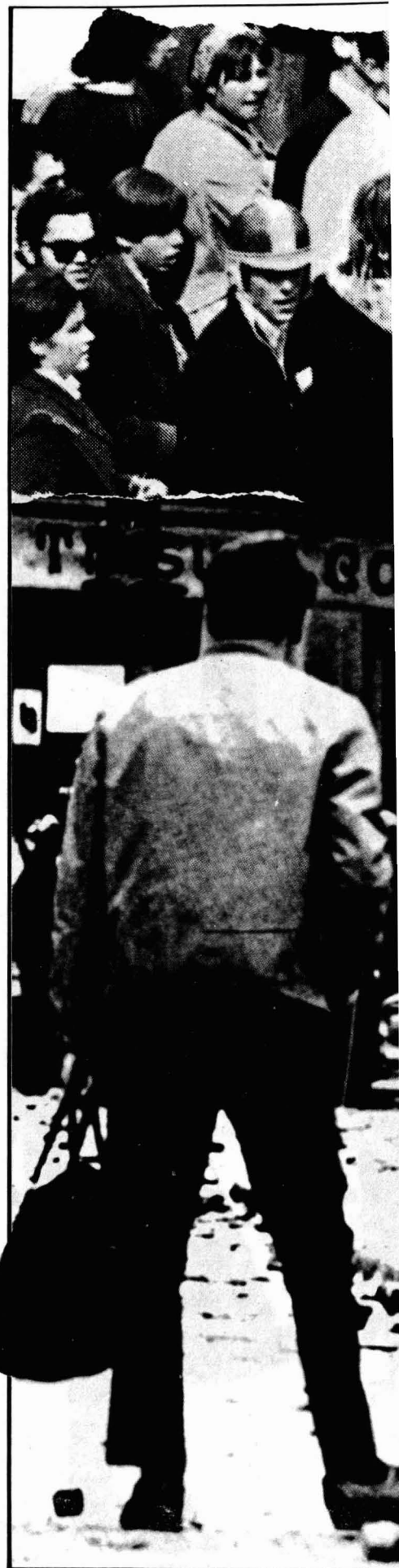
De Le Bourget a Ivry fue un deslizamiento fantasmal a través de un París desierto, sobre el cual se extendían las sombras de un crepúsculo tibio. Por las calles del canal Saint-Martin, el boulevard Richard-Lenoir, la Bastilla, el puente de Austerlitz, el cortejo, encabezado por los motociclistas de la policía, avanzaba guiado por el sonido de las sirenas en la ciudad irreal. Mi madre, mi hermano y yo nos dejamos llevar silenciosos, estupefactos, aplastados por la fatiga. No sentíamos nada, excepto que estábamos juntos, tomados de la mano. No pensábamos en nada. Sí, pensábamos en Pierre, que se había ido de París a Moscú esa misma mañana. Pierre y sus diecisiete años. Más tarde me iba a contar que lo habían recibido con mil precauciones. Roland Leroy había ido a buscarlo al aeropuerto y no le había hablado sino una vez en el coche, camino a la ciudad, y con tantos rodeos que Pierre había pensado primero, reprimiendo su sonrisa: "Ya veo por dónde va. Con el pretexto de una indisposición pasajera mis padres habrán encontrado la manera de escapar a las zalemas oficiales."

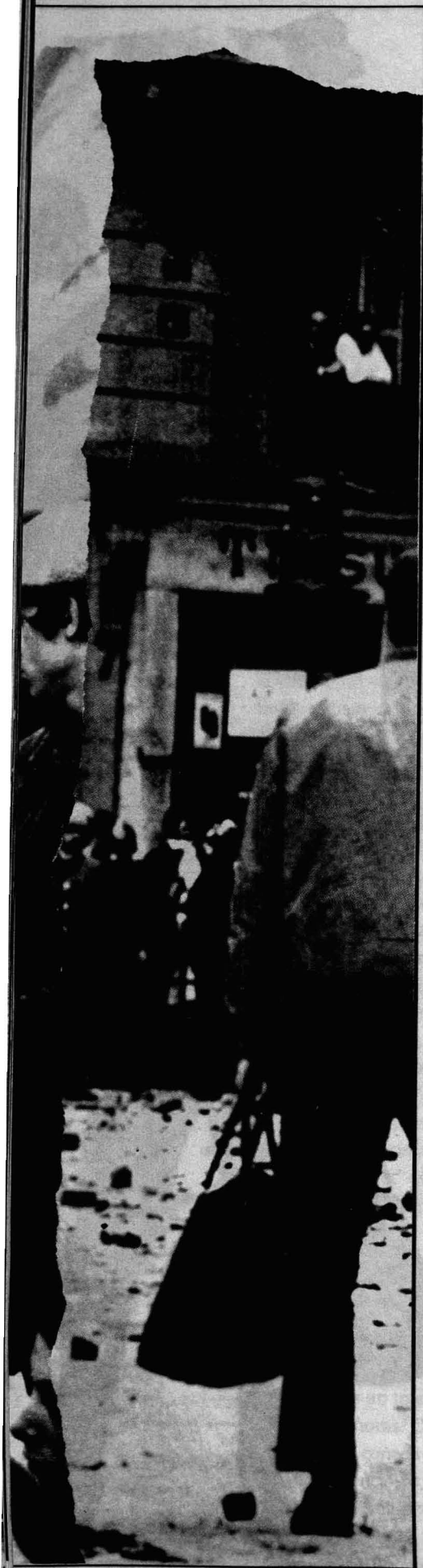
La plaza de la alcaldía estaba llena de mujeres que lloraban y de hombres con los ojos humedecidos. Ivry tenía cita con su memoria. Los tableros y los adornos puestos para la fiesta del 14 de julio habían sido desmontados. Este verano no habría ni desfile de orfeones y bastoneras ni baile con lamparillas. Desenrollaban paños negros sobre la fachada de la alcaldía. De eso se trataba. Él estaba en esa caja oblonga ante la cual iban a desfilar durante tres días, por centenas, por millares, despositando una gavilla, un ramillete, una simple flor, todos esos desconocidos que lo conocían y lo llamaban por su nombre.

El sarcófago metálico incluía una abertura vítrea. Antes que fuese colocado en un sarcófago más grande, de madera maciza, cerrado y atornillado para siempre, mi madre me dijo dulcemente: "Ve a verlo." Yo no quise. Me fui a esconder a un rincón, como un niño huidizo. Ella fue a donde estaba yo, puso su mano sobre mi hombro y repitió, más dulcemente aún: "Ve a verlo." En sus ojos azules gastados por el dolor no había huellas del orgullo, de la determinación, de la autoridad habituales. Leía en ellos una súplica: "Ve a verlo. Es bello." Era bello. Pero ese rostro liso, neutro, apaciguado me pareció lejano, indiferente. No tenía ninguna marca aterradora o fatal, nada que justificara mis temores y mi rechazo, pero tampoco parecía simplemente dormido. Cómo encontraba raro que la eternidad hubiese borrado las finas arrugas que su sonrisa generosa había impreso en abanico de la orilla de los párpados a las sienes. De la misma manera que un álbum de fotos encierra retratos más o menos logrados y verídicos, las imágenes de mi padre que mi memoria colecciona debido a una elección involuntaria son más o menos semejantes. Me cuesta trabajo reconocerlo en la que me queda de la última visión, durante aquel singular encuentro en la barrera entre dos mundos. Esta imagen jamás vuelve en mis sueños.

* * *

Soy incapaz de decir cómo pasaron los dos primeros días. Estábamos, los míos y yo, inmersos en el acontecimiento, en la masa de cartas y telegramas por abrir, tirar,





apilar, en la ola de visitas. Habíamos perdido de vista la causa de todo ese ajeteo cerrado en torno a nosotros. El tiempo, que se había brutalmente angostado, explotado, recayó insensiblemente en blandas volutas de horas brumosas. Se produjo una gran calma que parecía haber sido así siempre y que no debería acabar jamás. Dentro de ella flotábamos. Me retiré a mi recámara. El insomnio era incoloro. La angustia me había abandonado.

Recuerdo haber dicho a mi madre: "Mi vida está detrás de mí", y ella esbozó una vaga sonrisa a la vez que movió la cabeza en señal de que no. Esto debió ocurrir la segunda noche. Ella nos había contado lo que ocurrió en el barco, tan rápido, sin agonía, sin tortura para el cuerpo y, por lo tanto, tan bien. Nos contó su miedo fugaz cuando se abatió sobre él un nuevo asalto de la enfermedad y el congelamiento repentino y sin remedio del cuerpo y de los labios, el encarcelamiento de la conciencia en una carne petrificada. Él no había tenido otra obsesión durante catorce años y sabía, como sabíamos nosotros, mis hermanos y yo, que no temía a la muerte. Éramos nosotros los que la temíamos desde hacía años, y tan fuerte que estábamos impregnados de ella hasta el punto de olvidarla. Ella había pesado sordamente sobre nuestra adolescencia y ahora era preciso darse cuenta de que era un hecho consumado. Yo no podía.

Sin embargo, algo así como la costumbre se establecía a medida que extendía su influencia el extraño apaciguamiento del tiempo. Me acostumbraba a los signos exteriores del duelo; no era difícil ni doloroso. No sentía nada y era tan ajeno a mí mismo como las circunstancias, tan ajeno a mi traje y a mi corbata, oscuros, como a los doseles que recubrían la alcaldía. Me veía a distancia, errando en un campo de ruinas a la manera de una figura de Magritte y de Delvaux, lejos, muy lejos, en ninguna parte. Estaba completamente desdoblado.

Cuando nos dejaban solos en la casa silenciosa retomábamos el hilo de una conversación muy dulce. Hablábamos de él como si no nos hubiese dejado, y teníamos razón, porque era verdad. Nuestra vida continuaba y él tenía en ella su lugar, ni más ni menos misteriosamente que antes, ni más ni menos misteriosamente que nosotros.

De regreso a Nancy iba a encontrar en casa del sargento cartero una carta fechada la víspera de haberse embarcado en el *Litva*, así como dos tarjetas postales, de Nápoles y del Pireo. Hoy no hago otra cosa que responder a ellas. A menudo he llorado al pensar en él y la tristeza me ahoga. Y es que esto forma parte de mi manera de amar.

* * *

El cuarto y el quinto día transcurrieron ocupados en ceremonias gigantescas que recuerdo como un intento de quitárnoslo. Vinieron por millares y nos ayudaron a resistir con toda su presencia, innumerable y muda.

Veinte años después quiero decir y maldecir lo que ocurrió, una tarde de julio, frente a las puertas del Père-Lachaise. En la primera fila de la tribuna que habían levantado ahí debimos escuchar sin chistar al glacial y chicheante Suslov, que nos llevaba el auxilio de las palabras clave de la mentira, mientras el embajador de China, que sudaba copiosamente dentro de la blusa de cuello demasiado estrecho, agitaba desmayadamente su abanico.

El ritual siguió su curso: el de la muerte consumada sobre un hombre para la mayor gloria de la Gran Idea, el del sacrificio a la Iglesia sin Dios, que se nutre de imágenes. Pienso y repienso en ello desde entonces. Un paso más en el horror habría sido el embalsamamiento, la momia secuestrada bajo una cúpula de cristal. Tal fue el destino bufo del cuerpo de Lenin; tal fue la suerte extravagante del cuerpo de Stalin, del hombre que murió por tercera vez cuando la envoltura encerada y llena de sustancias balsámicas fue desalojada del relicario y entregada a su condición de cadáver bueno para sepultar, dado que la imagen contravenía las nuevas disposiciones del dogma.

La mañana del cuarto día el ataúd fue transportado de la alcaldía de Ivry, al "44". Hoy veo cuánto se revela como falta de respeto a la persona este desplazamiento del cuerpo itinerante, estación tras estación, de un bastión de poder a otro, de una casa llena de papeles a otra casa llena de papeles en donde nadie vive ni vivirá jamás. Mi

doble embrutecimiento siguió a esta incomprensible procesión, y sin embargo sentía cerca de mí la presencia de mi padre cada vez que me hacía señas la vida: el movimiento de un follaje, el reflejo del cielo azul en el hueco de una canalización, el sálvese quien pueda de un gato.

El edificio del Comité Central estaba velado de negro. Tableros y paños dividían el hall en una especie de laberinto que conducía a una recámara sepulcral digna de una exposición surrealista, en donde estaba colocado el catafalco. El desfile interrumpido en Ivry pudo volver a empezar. Nos instalaron en una pieza del segundo piso, cerca de la oficina familiar en donde se exhibía, sobre la chimenea, la voluminosa locomotora de vapor que había fascinado mi infancia: una réplica exacta, minuciosa, capaz de desplazarse, que era la suma de trabajo y de afecto de un ferrocarrilero francés. Nos sentamos en la penumbra. "Qué poco se le parece esto -dijo mi madre-. Cuánta oscuridad. Habría que dejar entrar el sol, la luz a raudales, los ruidos de la ciudad..."

La ciudad vino a él a la mañana siguiente, en silencio. Un mar constelado de figuras humanas y de destellos de sol sobre corpiños blancos se reunió poco a poco frente al lúgubre acantilado. En los límites de esta inmensidad una sospecha de oleaje agitaba imperceptiblemente la cresta de las banderas y de las gavillas de flores. Esas decenas de oriflamas rojas, de terciopelos púrpuras deslavados por los huracanes del siglo, esas sedas de carmín de los triunfos de la Liberación, esos centenares de ramilletes con los colores de la Internacional y de la Marsellesa eran, irrecusablemente, el Partido, los "repartidores" que no reivindican su parte del pastel, pero que siempre tienen puesta la mesa para los hambrientos de esperanza. En torno a los camaradas se reunían, como cada vez que se trataba de sus derechos, de su dignidad y de su razón a llamarse Francia, los héroes ordinarios del poema de Aragon: "Vi a tantos que se fueron/ Que no pedían sino fuego/ que se contentaban con tan poco/ Eran tan poco iracundos/ Escucho sus pasos, escucho sus voces..."

Se produjo algo en mi cabeza y en mi corazón. Esos hombres y esas mujeres, aquellos y aquellas de todas las manifestaciones y de todas las huelgas, de todas las Carmañas y de todos los Charonne ya no eran aquellos que a las horas candentes asisten a la maniobra, al ejercicio del orden apretado, al culto obligatorio en el que no creen. Tenían, cada uno y cada una, sus razones personales y públicas para fundirse con la masa de ese día de julio. Eran la fraternidad.

Desde la plaza de la República vi al cortejo acunarse, hasta donde alcanzaba la vista, a todo lo ancho del boulevard Magenta, mientras que las olas se abrían delante de nosotros y, en su momento, se volvían a cerrar tras la estela de nuestra larga marcha. Puños en alto. Signos de la cruz. Niños sorprendidos posados sobre los hombros de sus padres. Oh, es verdad que no faltaban los curiosos y los turistas, ni los conserjes que asisten como perritos a todos los entierros. Pero hubo esos millares de miradas brumosas que entreví desde el fondo de mi propia bruma, esa multitud de rostros deshechos y de memorias confundidas, esa juventud atontada y perpleja, intimidada por el rito e ignorante de la muerte -como un espejo en donde me habría esperado la reconciliación conmigo mismo.

Hacía calor. Por momentos un inefable escarnio se ocupaba de perturbar la solemne puesta en escena y de subrayar su absurdo. Esta imbécil carroza fúnebre fallaba, se detenía, volvía a arrancar con grandes dificultades, se detenía otra vez. Detrás el DS en donde Mamoune y Waldeck habían ocupado su lugar cabeceaba e hipeaba en el mejor estilo Citroën. Mis hermanos, mi familia, el buró político y yo pataleábamos obnubilados por problemas de encendido y de carburación.

Durante el insoportable intermedio de elocuencia convenida y de farsa trágica el pueblo fue mantenido a buena distancia.

Después, sentado cerca de la tumba a la que no volví una sola vez y de la cual mi hijo ignora el emplazamiento, miramos hasta el crepúsculo pasar la ola de aquellos que jamás tienen la palabra y no saben hacer discursos. El roce confuso de sus pasos se perdía en los grandes árboles poblados de cantos de pájaros. ◇

